

— Pues bien, dijo sencillamente el bueno de Mr. Muller, ¿acaso no estoy aquí yo?

— ¿No os había dicho, mi querido Justino, dijo Salvador, que la persona que llamaba á la puerta os traía la respuesta?

Convinieron en que desde aquel día Mr. Muller se encargaría de los discípulos, pues Justino no se hallaba en situación de desempeñar la clase con las emociones que había recibido.

En las vacaciones se anunciaría á los escolares que la ausencia de Justino debiendo prolongarse indefinidamente, sus padres debían aprovechar todo el mes de Septiembre para buscar á sus hijos otro profesor.

Salvador se retiró dejando á Mr. Muller el cuidado de la clase y á Justino el de preparar á Mad. Corby y á su hermana Celeste del cambio que iba á verificarse, ó mejor dicho que casi ya se había verificado en su existencia en los momentos en que menos pensaban en ello.

Después bajó rápidamente la calle de Santiago, y á las nueve en punto se hallaba tendido al sol en la calle de Fers, al lado de la loquilla d'Or, donde hemos visto á la Gibelotte referir un tan fantástico cuento á su fiel amigo Croc-en-Jambe.

Como se ve, Salvador había empleado bastante bien la mañana. En el capítulo siguiente veremos cómo acabó el día.

## CAPÍTULO XI.

## LA NOCHE DE UN MANDADERO.

Por la tarde, á la hora convenida, la silla de postas, perfectamente recorrida por el maestro de coches, se detenía á algunos pasos de la barrera Croulebarbe.

El postillón, que había llegado á todo escape diez minutos antes de la hora convenida, se imaginó al pronto que le habían engañado al ver que las personas que le hacían venir con tal rapidez, no tan sólo no se hallaban en la cita, sino que ni daban señales de venir.

Á los pocos minutos, sin embargo, divisó dos jóvenes que agarrados del brazo se encaminaban con paso rápido hacia él, por lo que habiéndose apeado volvió á montar y esperó inmóvil sin volver la cabeza, como si fuera un postillón de piedra.

Salvador y Justino llegaron precedidos de Rolando que, aunque andaban de prisa, caminaba más rápido que ellos.

Salvador abrió la portezuela, bajó el estribo y dijo á Justino :

— Subid.

Al oír esta palabra, el postillón se volvió como si hubiera sentido una descarga eléctrica, y viendo y reconociendo al que la había pronunciado, se puso loco de contento.

Quitándose entonces lentamente el sombrero saludó á Salvador con un alegre y respetuoso

— Buenas tardes.

— Buenas tardes, amigo, dijo Salvador alargando al postillón su fina y aristocrática mano; ¿cómo está tu anciano padre?



— Bueno, Sr. Salvador, y á haber sabido que erais vos el que viajabais, hubiera venido á conducirnos él mismo á pesar de sus setenta y seis años.

— Está bien, uno de estos días iré á verle ; ¿ vive aún en la Bastilla ?

— ¡ Pardiez ! respondió orgulosamente el postillón, ¿ quién tiene derecho de vivir allí sino él ?

— Cierto, respondió Salvador ; un conquistador debe habitar en la plaza que ha conquistado.

Después subiendo al carruaje en que Justino se había ya colocado :

— ¿ Quieres subir, Rolando ? preguntó á su perro.

Rolando movió la cabeza.

— ¿ No ? continuó Salvador, ¿ quieres mejor ir á pie ? Sea enhorabuena, Rolando.

— ¿ Qué camino, Sr. Salvador ? preguntó el postillón.

— El de Fontainebleau á Villejuif. Chito, que no me conoces.

— Sin que esto sea curiosidad, Sr. Salvador, puesto que en ello hay misterio, ¿ podréis decir á un amigo adónde vais ?

— Á ti sí, mi pequeño Bernard ; voy á la *Cour de France*.

— ¿ Y os detendréis allí ?

— Toda la noche.

— Está bien, no seréis espiado, os lo prometo.

— ¿ Qué quieres decir ?

— Nada, eso me toca á mí : tened confianza, ¿ es preciso correr mucho ?

— No, Bernard ; la marcha regular, pues no necesitamos llegar á la *Cour de France* antes de las diez de la noche.

— Entonces, despacio y al trote corto. No es así en verdad como yo quisiera llevaros, Sr. Salvador.

— ¿ Pues cómo querías llevarme, muchacho ?

— Como conduje al emperador en 1815, á cinco leguas por hora.

Después añadió en voz baja.

— ¿ No sois por ventura nuestro emperador, Sr. Salvador, y cuando vos nos digáis : ¡ á las armas ! no las cogéremos, y cuando nos digáis ¡ en marcha ! no echaremos á andar ?

— Bueno, Bernard, dijo riendo Salvador.

— Pero ¡ chito, silencio !... ¡ Bah ! los amigos de los amigos también son amigos. Puesto que ese señor va con vos, es de los nuestros.

Y Bernard hizo un signo masónico.

— Sí, amigo mío, dijo Justino, también lo soy ; tienes razón, y ojalá pueda hallarme presente el día en que, como hace poco decías, sea preciso tomar las armas y marchar.

— Lo veis, Sr. Salvador, todo va bien, ya no nos resta más que cantar : *Allons enfants de la patrie* (1)...

Y cantando este aire nacional, el postillón arreó sus caballos con un restallido de látigo.

La silla partió levantando un torbellino de polvo, que dorado por los últimos rayos del sol, la hacía parecerse vagamente al carro del sol descendiendo del cielo á la tierra.

No referiremos la conversación de los dos amigos interin la obscuridad se condensaba gradualmente á su rededor. Como se puede comprender, el principal objeto de ella fué la esperanza.

Cuatro horas, tres, dos, una, y tocarán, y llegarán á la cima de esas felicidades humanas que se divisan desde

(1) Letra de la Marsellesa, canto nacional francés, (N. del T.)



lejos entre espesas nubes y á través de una negra bruma.

La madre y la hermana habían quedado admiradas, sorprendidas con lo que iba á suceder. Esos dos corazones creyentes que esperaban que Dios no abandonaría á Justino en la hora del peligro. La separación que era necesaria no podía ser más que momentánea, y se volverían á reunir en el hogar de la familia para no separarse jamás.

Todo era para bien, y de aquel cambio de posición nadie veía más que las inefables promesas, las supremas felicidades.

Detuviéronse en Villejuif para mudar de tiro, y en seguida echaron á andar.

Salvador se inclinó fuera de la portezuela para mirar su reloj.

Eran las nueve y media.

Emprendieron la marcha, y al cabo de una hora percibíase á lo lejos el perfil de las fuentes de la Cour de France, ó mejor nombrándolas por sus verdaderos nombres, de las fuentes de Juvisy, fuentes fastuosas, adornadas de trofeos y de genios alzados sobre un pedestal, verdaderos tipos de la arquitectura de Luis XV, hacia mediados del siglo XVIII.

El postillón paró; se apeó y abrió la portezuela.

— Ya estamos, señores, dijo.

— ¡Cómo! ¿Eres tú, Bernard?

— Yo mismo, Sr. Salvador.

— ¿Has corrido dos postas?

— Ya lo veis.

— Creía que estaba prohibido.

— ¡Bah! ¿Hay algo prohibido para vos, Sr. Salvador?

— ¡Pero en fin?

— En fin, ved cómo ha sucedido: he dicho para mí, el Sr. Salvador va á dar un golpe para el bien de la cosa

Necesita un hombre que sea ciego y sordo, pero que tenga brazos. Yo soy ese hombre. Entonces en Villejuif he dicho á Pedro el Tartamudo, que era á quien le tocaba venir: Perico, Santiago Bernard tiene que ver esta noche á una moza en la Cour de France, y es preciso que le cedas tu vez á fin de que pueda decirle dos palabras al oído. Á la vuelta se pagará una botella. ¿Te acomoda?

— Toca esos cinco, me ha dicho el Tartamudo.

— Los he tocado y héme aquí. Ahora, Sr. Salvador, decidme si he hecho mal ó me he engañado; buenas noches y nada se ha perdido. Tendré en el cuerpo cinco leguas más, pero eso corre de mi cuenta. Un postillón como yo no reparará en esas pequeñeces. Conque ¿me he engañado? Á vuestras órdenes, Sr. Salvador, y si algo malo viene por esto, paciencia, que con el tiempo todo pasa.

Salvador alargó la mano á Santiago Bernard.

— Amigo mío, le dijo, creo no tener hoy necesidad de tí; pero no tengas cuidado, que si se presenta ocasión de utilizar tu buena voluntad, no te echaré en olvido.

— ¿Está dicho, Sr. Salvador?

— Está dicho.

— Diabla, ¿y ahora qué hay que hacer?

— Vuelve á montar y cuenta unos ciento y cincuenta pasos.

— ¿Y después?

— Para.

Bernard montó y contó los ciento cincuenta pasos.

Después se apeó y abrió la portezuela.

Salvador se apeó y se encaminó hacia la vertiente del camino.

Á veinte pasos de él un hombre se levantó y contó cuatro.



Salvador continuó contando hasta ocho, y marchó recto á él.

Este hombre era el general Le Bastard de Premont.

Salvador llevó al general al carruaje, lo hizo subir, y subió él mismo detrás.

— Á Chatillón, dijo al postillón.

— ¿ Á qué sitio, mi amo ?

— Á la taberna de la *Gracia de Dios*.

— Se la conoce.

Y con un latigazo arreó los caballos, que salieron á escape. Tomó Santiago Bernard el camino de Chatillón, y cinco minutos después la silla se paraba temblando sobre sus ejes delante de la puerta de la taberna de la *Gracia de Dios*.

## CAPÍTULO XII.

### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Durante el camino, Salvador presentó á Justino al general. Solamente que mientras el general sabia quién era Justino, éste ignoraba quién era el general y el inmenso servicio que le habia prestado.

Llegaron, como hemos dicho á la puerta de la taberna de la *Gracia de Dios*.

Se recordará que aquí era donde Salvador habia citado á Juan Taureau y Toussaint Louverture.

Los dos mohicanos estaban en sus puestos, y, cosa extraña, aunque hacia cerca de una hora que estaban allí, la botella que tenían delante no estaba aún descorchada.

Hubiérase podido creer que era la segunda, pero los

vasos estaban tan limpios como cuando acaban de salir de la fábrica.

Salvador dirigió una mirada alrededor, y vió que los dos hombres estaban en un rincón enteramente aislados.

Juan Taureau comprendió la preocupación del mandadero.

— Podéis hablar, Sr. Salvador, nadie nos escucha, dijo.

— Sí, dijo Toussaint, dadnos vuestras instrucciones solamente y se os obedecerá.

— Serán cortas, dijo Salvador, puedo necesitaros esta noche.

— Tanto mejor, dijo Juan Taureau.

— Puedo también no necesitaros.

— Tanto peor, dijo Toussaint Louverture.

— En todo caso y para cualquier evento os llevo conmigo.

— Aquí nos tenéis.

— ¿ No preguntáis para qué, cómo y dónde ?

— ¿ Para qué ? Ya sabéis que aun cuando fuera para ir al infierno iríamos, dijo Juan Taureau.

— ¿ Y después ? preguntó Toussaint.

— Después os colocaré donde debéis estar, y por vuestra vida que no saldréis sino cuando yo diga : *¿ Á mí !*

— ¿ Pero si corréis algún peligro, Sr. Salvador ?

— Eso me toca á mi.

— ¿ En fin ?

— Dadme palabra de que haréis lo que acabo de deciros.

— Puesto que es preciso la tenéis.

— Vuestra palabra.

— Á Fe de Barthelemy Lelong.

— Á fe de Toussaint Louverture.



— Está bien. Barthelemy, guarda esas cuerdas en tu bolsillo, y tú, Toussaint, guarda en el tuyo ese pañuelo.

— Está hecho.

— Ahora, ¿conocéis el parque de Viry?

— Yo no, dijo Toussaint.

— Yo lo conozco, dijo Juan Taureau.

— Con uno que lo conozca basta.

— ¿Y bien?

— Dirigióse allá á través del campo, y cuando veáis una gran pared blanca que forma escuadra con el camino, paraos y esconded cerca de ella. Allí os encontraré.

— Comprendido, respondieron á la vez Juan Taureau y Toussaint Louverture.

— ¿Conque hasta luego?

— Hasta ahora, Sr. Salvador.

Los dos mohicanos marcharon.

Salvador volvió en busca del general Le Bastard de Pre-mont y de Justino, á quienes había dejado en el carruaje.

Volvieron á seguir el camino que habían llevado hasta Chatillon y llegaron á la carretera de Fontainebleau, al sitio mismo en que un camino en cuesta conducía al puente Godeau, y de allí al castillo de Viry.

El ojo experimentado de Salvador divisó dos sombras que se deslizaban en las tinieblas.

Eran Barthelemy Lelong y Toussaint Louverture.

Siguieron el camino, llegaron al puente Godeau y se divisó á lo lejos el muro blanco, que parecía de noche un río corriendo á través de los campos.

Se apearon, ocultóse el carruaje entre un grupo de árboles que se alzaba á un lado del camino, y de los que la naturaleza parecía haber hecho expresamente un inmenso cobertizo.

Recomendaron el silencio á Santiago Bernard, que estaba orgulloso al ver que entraba por algo en aquel misterioso acontecimiento que se preparaba.

Colocado el carruaje, en vez de seguir el camino vecinal que conduce á Viry, Salvador á la cabeza, seguido por Justino y por el general, se internó en un pequeño sendero que guiaba al muro del castillo.

Avanzaban *per amica silentia lunæ*, como dice Virgilio, en una de las últimas noches de primavera ó más bien en una de las primeras de estío. El aire era tibio y el cielo cubierto de nubes; á cada momento la luna prestaba á los viajeros su amigo silencio, jugando al escondite, como suelen hacerlo los muchachos, ora ocultándose tras una negra nube, ora reapareciendo y velándose de nuevo.

Así llegaron á tres pies de la verja que ya conocemos.

Dirigiéronse hacia la derecha y llegaron al sitio de la pared que Justino acostumbraba saltar todas las noches.

Enseñaron allí al general la maniobra que había que ejecutar. Salvador se colocó apoyado en la pared. Justino dió el ejemplo el primero subiendo y saltando al otro lado de la pared con una agilidad que probaba cuán familiarizado estaba con este ejercicio.

Siguióle el general, y aunque tenía quince años más que Justino, no se quedó atrás en destreza y ligereza. Después Rolando, creyendo que había llegado su vez, se aprestó para saltar.

Pero Salvador lo detuvo con una señal. No había olvidado á los dos compañeros que le habían tomado la delantera, y que gracias al látigo de Santiago Bernard habían dejado atrás, y se encaminaron á buscarlos al ángulo del muro.

Apenas estaba allí como unos cinco minutos, cuando



divisó á Juan Taureau y Toussaint Louverture, cuyas sombras empezaban á dibujarse en el horizonte como las siluetas de dos gigantes.

La aparición era tanto más fantástica cuanto que se le veía acercarse sin que se oyera el ruido de sus pasos.

Llegaron así cerca de Salvador, que sólo entonces advirtió que caminaban con los pies desnudos.

— ¡Bravo! dijo en voz baja, os esperaba.

— Aquí estamos, respondieron los dos hombres.

— Seguidme.

El carpintero y el carbonero obedecieron.

Llegados al sitio de la pared que habían escalado Justino y el general, Salvador se detuvo.

— Aquí es, dijo.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Juan Taureau, parece que se trata de pasar al otro lado.

— Justamente, y os voy á enseñar cómo esto se hace, amigo Juan Taureau, dijo Salvador. Aquí, Rolando.

El perro se acercó á su amo enderezándose sobre sus dos patas traseras y pegando las manos á la pared.

Salvador levantó al perro á la altura de la pared, agarró éste con las garras, y ayudándose con las patas, saltó al parque.

Salvador saltó, agarróse en lo alto con las manos, y á fuerza de puños se elevó por medio de su hábil maniobra gimnástica.

En un segundo estuvo montado en la tapia.

— Ahora os toca á vosotros, dijo.

Los dos hombres miraron la pared que se elevaba ante ellos.

— ¡Diablo, diablo! dijo Juan Taureau.

— ¡Cómo! ¿Un carpintero tener miedo?

— ¡Diablo! Si Toussaint no teme el que le aplaste y quiere servirme de escalón...

— Yo no temo nada, dijo Toussaint.

— Peso ciento cinco kilogramos, Toussaint, te lo prevengo, dijo Barthelemy Lelong.

— Un poco más que dos sacos de carbón, repuso Toussaint, y ha habido quien ha llevado tres.

— ¡Oh! una vez que haya subido, no tengas cuidado.

— Sube pues, dijo Toussaint.

El carbonero hizo á Juan Taureau el servicio que poco antes había hecho Salvador á Justino y al general.

En algunos segundos, Juan Taureau estaba sentado en el caballete de la tapia enfrente de Salvador.

Tiempo era ya; un poco más que hubiera durado la ascensión, Toussaint hubiera caído bajo el peso del gigante.

— Ahora tú, dijo.

Y sacando del bolsillo el paquete de cuerdas, practicó en uno de sus extremos una especie de ojal.

— ¡Agárrate! dijo á Toussaint, pero con fuerza.

Toussaint obedeció y cogió la cuerda.

— ¿Estás ya?

— Sí.

— ¡Pero, firme?

— Firme, descuida.

— Entonces ya estás arriba, dijo Juan Taureau.

Y atrayendo con una mano á Toussaint, le cogió con la otra por el cuello de la ropa y lo levantó hasta el nivel de la tapia como si hubiera sido un niño.

Llegado allí, Toussaint quiso agarrarse con la mano.

— No te tomes ese trabajo, dijo Juan Taureau.

Y cogiendo al carbonero por la entrepierna, lo hizo salvar la tapia, y volviéndole entonces á la posición perpen-



dicular, abandonada un momento por la horizontal, le dejó caer en el parque.

Aprestándose á hacer á su vez otro tanto, dijo:

— Ahora yo.

Pero Salvador le puso una mano sobre una pierna, como hombre que reclama silencio.

— ¡ Escucha ! dijo

— ¿ El qué ?

— ¡ Chist !...

— Oíase á lo lejos el galope de un caballo.

El galope se iba acercando.

Después se oyó un relincho.

— ¿ Era del caballo que corría á galope, ó de los caballos que estaban con la silla ?

Esto fué lo que no pudo distinguir Salvador, pues la sombra del caballo y del jinete empezaba á aparecer á lo alto del grupo de árboles en que estaba oculta la silla de postas.

El jinete se acercaba rápidamente.

— Á tierra, Juan Taureau, á tierra, dijo Salvador.

Juan Taureau se dejó caer más bien que saltar.

Como ya lo había hecho otra vez, Salvador se colgó por la parte interior de la pared sin abandonar el caballete.

El caballero pasó envuelto en su capa.

Á pesar de esta, Salvador reconoció á Loredán de Valgeneuse.

— ¡ Es él ! dijo.

Y saltó ligeramente al suelo, en tanto que Rolando dejaba oír un sordo gruñido.

— En marcha, dijo Salvador, no hay tiempo que perder, si es que no hemos perdido ya demasiado.

Salvador se lanzó á través del parque; los dos hombres le siguieron.

## CAPÍTULO XIII.

### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

¿ En dónde estaba Justino y Mina ?

Esta era la cuestión.

Los días en que Mina esperaba á Justino, solía estar cerca del banco en que por primera vez Salvador había visto á la joven.

Pero no había habido todavía un solo día en que Justino fuera sin ser esperado.

Al separarse, los dos jóvenes cuidaban siempre de arreglar su próxima cita.

Salvador corrió hacia el castillo.

El general había seguido á Justino.

Cuando decimos *corrió* faltamos á la verdad. Era imposible correr en un parque en que todo eran malezas de espigas, ortigas y hierbas de todas clases, al que la mano del hombre parecía no haber tocado en años, y que recordaba al verlo el bosque virgen de la calle del Infierno.

Rolando se dirigía lanzando sordos gemidos hacia el lado de la encina bajo la cual estaba enterrado el niño. Pero Salvador, abriéndose paso á través de la espesura, retenía al perro lejos de sí.

Llegaron á la orilla del estanque.

Allí se detuvieron un momento Toussaint y Juan Taureau.

Salvador buscó con la vista la causa de su vacilación.

— Bueno, dijo Toussaint, son estatuas.



Y en efecto, lo que había hecho pararse á los dos hombres eran las imágenes mitológicas, puestas en movimiento por las variaciones de luz y sombra de la luna, y que parecía iban á correr en pos de los violadores de sus dominios.

En cuanto á Rolando, reconoció perfectamente el estanque y quiso sumergirse de nuevo, pero Salvador lo detuvo.

— Más tarde, más tarde, Rolando, murmuró á media voz ; hoy tenemos otra cosa que hacer.

Desde allí se descubrían todas las ventanas de la antigua fachada.

Ni una de aquellas ventanas estaba iluminada.

Salvador escuchó.

Le pareció que en dirección opuesta á la que había seguido, oía la voz de Justino que llamaba á Mina...

— ¡ Imprudente ! dijo ; verdad es que no sabe...

Y se puso á correr en dirección de la voz, diciendo á los dos hombres :

— Volved al sitio de donde venimos, y suceda lo que suceda, como ya os lo he dicho, no moverse sin que yo llame antes.

Los dos hombres se habían orientado ; y volvieron á desandar lo andado.

Salvador y Rolando dieron vuelta al estanque escogiendo para trazar esta curva el sitio más sombrío, es decir, la orilla más cercana al bosque.

Rolando corría delante.

Hubiérase dicho que adivinaba lo que buscaba su amo.

El perro y el hombre llegaron á una de las calles transversales del parque, justamente en el momento en que Justino y Mina se arrojaban uno en brazo de otro.

La primera persona que vió fué el general.

Lanzó un pequeño grito de terror.

— No temas, querida mía, es un amigo.

Al mismo tiempo aparecían al otro lado Salvador y Rolando.

— Alerta, alerta, dijo Salvador, ¡ no hay que perder ni un minuto !

— ¿ Qué sucede ? preguntó Mina asustada.

— Sucede, querida Mina, que esta noche os robamos.

— ¡ Mina ! murmuró el general, es el nombre de mi hija.

Y se acercó con los brazos extendidos hacia la joven.

Pero Salvador no le dió tiempo de cambiar una sola palabra con Mina.

— Silencio y actividad ; en el coche podéis decirnos cuanto queráis. Me parece que con dos días y dos noches tendréis tiempo de sobra.

Y llevó, ayudado de Justino, á Mina hacia el sitio en que Justino acostumbraba saltar la pared y que en aquella misma noche habían saltado ya tres veces.

— Subid, Justino, dijo Salvador.

— ¿ Pero y mi pobre Mina ? murmuró éste.

— Subid, repitió Salvador, ¿ no os he dicho que no hay tiempo que perder ?

Justino obedeció.

— Adiós, Sr. Salvador ; adiós, mi buen amigo, murmuró la joven presentándole su blanca frente.

— Adiós, hermana mía, dijo Salvador, y apoyó sus labios en la frente que le presentaban.

— ¡ Á mi también un beso, hija mía ! dijo el general.

Después, extendiendo sus manos sobre la cabeza de la joven, dijo con voz lacrimosa :

— Sé feliz, niña : un padre que no ha visto á su hija en quince años te bendice. Á... diós.



Y separó estas dos sílabas, que separadas así eran á la vez una despedida y una plegaria, que quería decir:

— Te recomiendo á Dios, como recomendaría á mi hija.

— Vamos, vamos, dijo Salvador, cada minuto vale por una hora, y cada hora por un día.

— Ya espero, dijo Justino montado sobre el caballete de la tapia.

— Bien, dijo Salvador, y de un salto se colocó al lado suyo. Ahora, dijo al general, coged á Mina en brazos y levantadla hasta nosotros.

El general levantó á Mina, como Milón de Crotona hubiera levantado un cordero. Después, sosteniendo sus pies sobre la palma de una de sus manos, la acercó á la tapia.

Una vez Mina al alcance de los dos jóvenes, cada uno de ellos rodeó su talle con un brazo, en tanto que el general colocando sus dos manos bajo las plantas de los pies, ayudaba á la ascensión.

Cuando Mina estuvo sentada en el caballete:

— Bajad, dijo Salvador á Justino

Justino saltó al camino.

— Acercaos á la tapia, dijo Salvador; apoyad encorvándola vuestra cabeza y vuestras manos: bien, así estáis bien.

Y volviéndose á Mina:

— Hija mía, dijo levantándola y haciéndola dar una vuelta completa: poned los pies en los hombros de Justino.

La joven ejecutó el movimiento.

— Doblad las rodillas, Justino.

Justino obedeció.

— Un poco más.

Justino lo hizo.

— Arrodillaos.

Justino se arrodilló.

— Ahora, dijo Salvador soltando las dos manos de Mina, ya estáis salvada.

— ¡Todavía no! dijo una voz.

Y se oyó la detonación de un arma de fuego.

Al mismo tiempo que salía el tiro, Mina, que estaba á dos pies del suelo, saltaba ligeramente sobre el césped.

Al oír el tiro y reconocer la voz de Loredán de Valgeneuse, Mina lanzó un grito.

— ¡Salvaos, y buen viaje! dijo Salvador saltando de la tapia al parque.

El general se había ya lanzado hacia el sitio en donde había visto el resplandor,

— Atrás, general, dijo Salvador, apartándole violentamente para pasar delante de él, esto me concierne á mí.

El general le dejó pasar.

Salvador corrió hacia el sitio de donde había salido el tiro, y se halló frente á frente con Mr. de Valgeneuse.

— ¡Ah! te he errado una vez, pero ahora no te me escaparás, exclamó Loredán.

Y bajaba, al decir esto, el cañón de la pistola, que casi tocaba el pecho de Salvador.

Un segundo más, el gatillo caía, y el joven era muerto, cuando un animal, saltando como un tigre, se lanzó y cogió al conde por el cuello.

Era Rolando que venía á socorrer á su amo.

Al pasar empujó la mano que sostenía la pistola, y el tiro salió perdiéndose en el aire.

— Á fe mía, mi querido Mr. Loredán, dijo Salvador, ¿sabéis qué ha faltado muy poco para que hayáis matado á vuestro primo?



## CAPÍTULO XIV.

## LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Á impulsos del violento empuje de Rolando, el conde de Valgeneuse había caído hacia atrás, y al caer había soltado la pistola.

Rolando no le soltaba el cuello.

— ¡Eh! señor, dijo, ¿vais á dejar que este perro me ahogue?

— Rolando, gritó Salvador, á mí.

El perro, con gran pesar suyo, dejó al conde y fué gruñendo á sentarse junto á su amo.

Loredán se levantó sobre una rodilla, y al levantarse sacó un puñal del pecho.

Pero gracias á un nuevo incidente, no tuvo tiempo para servirse del arma que acababa de sacar en su ayuda.

Á su derecha estaba Juan Taureau; á su izquierda Toussaint Louverture.

Cuando Salvador, hablando á Rolando, había gritado ¡aquí, á mí! los dos hombres creyeron oír la señal convenida, y se presentaron.

Se recordará que Salvador les había dicho que no se presentaran hasta oír la palabra convenida.

Juan Taureau, viendo á la claridad de la luna brillar el arma en manos de Loredán, cogió su brazo por la muñeca y se lo apretó de tal modo, que se oyó crujir la articulación.

— Vamos, dijo Juan Taureau, soltad esa baratija que para nada puede servirnos, mi buen señor.

Y redobló la presión.

Bajo los músculos de hierro del carpintero, que le atarazaba la muñeca, Mr. de Valgeneuse lanzó un grito como el que debía lanzar un paciente sujeto al tormento extraordinario.

Viéronse sus dedos abrirse por sí mismos dejando escapar el puñal que cayó á sus pies.

— Recoge esa aguja, Toussaint, dijo Barthelemy Lelong, podrá servirnos para atizar nuestras pipas.

Toussaint se bajó y recogió el puñal.

— Ahora, dijo Juan Taureau dirigiéndose á Salvador, ¿qué debemos hacer con el señor conde?

— Podéis, respondió Salvador con la misma calma, atarle un pañuelo á la boca, y las manos y los pies sujetármelos con la cuerda que lleváis en el bolsillo.

Sacó Toussaint el pañuelo de su bolsillo y Juan Taureau las cuerdas del suyo.

Durante esta operación, Juan Taureau se vió obligado á soltar la mano del conde.

Éste, con la esperanza de escaparse, aprovechó el momento de libertad que le concedían, y dió un salto gritando:

— ¡Socorro!

Pero enfrente se halló con el general, que hasta allí se había mantenido mudo é inmóvil espectador de aquella escena.

— Caballero, le dijo poniendo á la altura de su frente el cañón de una pistola, os doy mi palabra de honor de que si hacéis el menor movimiento para escaparos, si dais una sola voz pidiendo socorro, os mato como á un perro rabioso.

— Pero, dijo Valgeneuse, ¿por lo visto tengo que habérmelas con una banda de salteadores?



— Tenéis que habéros las, dijo Salvador, con hombres de honor que han jurado arrancar de vuestras manos la joven que tan cobardemente habéis robado.

Y haciendo seña á Juan Taureau y á Toussaint :

— Vamos, les dijo, el pañuelo y las cuerdas, pero colocad el pañuelo de modo que el preso no se ahogue, y haced que las cuerdas le sujeten lo bastante para que no pueda servirse ni de sus pies ni de sus manos. Vuelvo al momento.

— ¿ Me necesitáis ? preguntó el general.

— No, quedaos y presenciad la operación.

El general hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y Salvador desapareció.

Toussaint aplicaba con una destreza maravillosa el pañuelo sobre la boca del conde, en tanto que Juan Taureau le ataba de los pies á la cabeza, y anudaba el extremo de la cuerda al nudo del pañuelo.

El general los miraba con los brazos cruzados.

Al cabo de diez minutos se oyó el paso de un caballo amortiguado por la hierba de la calle, y apareció Salvador llevando del diestro el caballo del conde, y en otra mano una barra de hierro.

— Esto está acabado, dijo Juan Taureau, ¡ oh ! está bien seguro; os respondo de ello.

— No lo dudo, Juan, dijo Salvador. Ahora vamos á asegurar al señor sobre el caballo; toma esta barra y ve á abrir la verja.

El caballo tenía brida y filete. Quitáronle el filete y con él sujetaron al conde sobre el caballo.

— Ahora, dijo Salvador, en marcha.

Cogió Toussaint la brida y se encaminaron hacia la verja.

Juan Taureau, con su barra en la mano como un suizo con su alabarda, estaba cerca de la verja abierta.

Salvador se acercó á él.

— ¿ Conoces la cabaña de la orilla del río ? dijo.

— ¿ En la que nos reunimos hace quince días ?

— Justamente.

— Como la casa de mi madre, Sr. Salvador.

— Bien, allí es donde vais á llevar al señor conde.

— Allí hay una cama, estará á las mil maravillas.

— Cierto, estaréis siempre á su lado Toussaint y tú.

— Corriente.

— Hay para dos días provisiones de pan, carne y vino en el armario.

— ¿ Para dos días ? ¿ Entonces le vamos á guardar dos días ?

— Sí ; si tiene hambre, sed, en una palabra, si desea comer, le desataréis las manos y la boca y le dejaréis que coma y beba.

— Es justo : todo el mundo debe vivir.

— Mal proverbio, Juan Taureau, pues es salvaguardia de pícaros.

— ¡ Ah ! ya... si es que no queréis que viva, Sr. Salvador, dijo Juan Taureau haciendo el gesto de un hombre que apoya el pulgar en la garganta de otro, basta una palabra ; ya lo sabéis.

— ¡ Desgraciado ! dijo Salvador, no pudiendo menos de sonreír al ver aquella ciega adhesión.

— ¿ No es esa vuestra idea ? No hablemos más del asunto, dijo Juan Taureau.

Salvador hizo un movimiento como para volver al grupo formado por el caballo, el conde, Toussaint y el general.

Juan Taureau le detuvo.

— Á propósito, Sr. Salvador, dijo.

— ¿ Qué ?



- ¿Cuándo se le dejará marchar?
- Pasado mañana á esta hora. Cuidad al caballo como al hombre.
- Lo cuidaremos más, Sr. Salvador, más, porque de seguro vale más el caballo que él.
- Á medianoche el caballo estará ensillado á la puerta de la cabaña: uno de vosotros le desatará, otro le abrirá la puerta, y le dejaréis marchar deseándole feliz viaje.
- ¿Será preciso volver á París?
- Volveréis; y tú, Juan Taureau, te irás á tu trabajo, encargando á Toussaint que haga otro tanto.
- ¿Es eso todo?
- Todo.
- Cosa fácil, Sr. Salvador.
- Y honrada y buena, mi querido Barthelemy. Puedes tener tranquila la conciencia.
- ¡Oh! cuando andáis en el ajo, Sr. Salvador.
- Gracias.
- Vamos, dijo Juan Taureau, en marcha, señor conde.
- ¡Hala!... dijo Toussaint arreando el caballo con la voz, en tanto que con la mano lo llevaba de la brida.
- Juan Taureau hizo otro tanto por el otro lado, y los dos mohicanos, escoltando á Mr. de Valgeneuse, se pusieron en camino hacia la cabaña de la orilla del río.
- Y ahora, general, dijo Salvador, cerramos la verja y ocupémonos de Mr. Sarranti.

FIN DEL LIBRO DÉCIMONONO.

## LIBRO VIGÉSIMO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Ayudado por el general, Salvador cerró la verja. Cerrada la verja, Salvador llamó á Rolando. Rolando había desaparecido.

Había sido atraído por una fuerza invisible hacia el lado del banco.

Salvador le llamó segunda vez con acento imperativo y dándole esta vez en lugar del nombre de Rolando el de Brasil.

El perro acudió, pero aullando tristemente. Era evidente que le contrariaba en sus más vivos deseos.

— Si, murmuró Salvador, sé muy bien lo que quieres, Brasil; pero no tengas cuidado que ya volveremos. Detrás, Brasil, detrás.

El general siguió á Salvador, sin observar al parecer la discusión empeñada entre Brasil y Salvador.

Con la cabeza baja, seguía maquinalmente al joven sin pronunciar una sola palabra.